

La utilidad del inútil urbanismo

de Leonardo da Vinci

Samuel Ricardo Vélez González

(Colombia, 1959-v.)

Arquitecto de la Universidad Pontificia Bolivariana, estudios de Especialización en Gestión Empresarial para la Arquitectura, Doctor en Filosofía y Profesor Titular de la misma institución. Expresidente y exvicepresidente de la Agremiación Colombiana de Facultades de Arquitectura (ACFA). Representante por Colombia en el Área de Arquitectura del Proyecto Tuning América Latina. Autor de un libro, varios capítulos y algunos artículos. Profesor invitado y conferencista en diversas universidades nacionales y del exterior.



Resumen

Los planteamientos urbanos de Leonardo da Vinci para responder a los problemas de la ciudad de Milán, en el siglo xv, dieron lugar a la formulación de sus principios para una “ciudad ideal” que permitiera el tránsito de las problemáticas espaciales y de convivencia en la ciudad medieval, hacia una inédita ciudad renacentista, en consonancia con los cambios económicos, políticos y culturales de la nueva época. Las propuestas y planos no llegaron a construirse, como tantos otros proyectos iniciados por Leonardo. Por la metodología de observación utilizada, la creatividad aplicada a las propuestas, el disfrute manifiesto en el detalle y el resultado fallido desde su aplicación, dicho trabajo como urbanista clasifica dentro de la categoría de las actividades inútiles, junto con las artes, la filosofía y otras manifestaciones humanas que no conllevan una utilidad de lucro o de explotación económica. La confrontación de las propuestas de Leonardo con los postulados analizados por Nuccio Ordine sobre la utilidad de lo inútil son el soporte para la argumentación formulada.

Palabras clave

Ciudad ideal, curiosidad, Leonardo da Vinci, Nuccio Ordine, utilidad de lo inútil.

“La paradójica *utilidad* a la que me refiero no es la misma en cuyo nombre se consideran inútiles los saberes humanísticos y, más en general, todos los saberes que no producen beneficios” (Ordine, 2013, p. 9). Con esta cita del filósofo italiano Nuccio Ordine, autor del manifiesto *La utilidad de lo inútil*, comienza la reflexión en torno a los postulados urbanísticos de Leonardo da Vinci, formulados en la concepción de su “ciudad ideal”. Las palabras de Italo Calvino (1998, citado por Ordine, 2013) ordenan la línea de pensamiento para entender la inutilidad de la experiencia de Leonardo como urbanista:

Agudo intérprete de las relaciones entre literatura y ciencia, Italo Calvino ocupa un lugar de primer plano entre los defensores de los saberes desinteresados. Nada es más esencial para el género humano, sugiere el novelista y ensayista italiano, que las “actividades que parecen absolutamente gratuitas” e inesenciales: “Muchas veces el empeño que los hombres ponen en actividades que parecen absolutamente gratuitas, sin otro fin que el entretenimiento o la satisfacción de resolver un problema difícil, resulta ser esencial en un ámbito que nadie había previsto, con consecuencias de largo alcance. Esto es tan cierto para la poesía y el arte como lo es para la ciencia y la tecnología” (p. 75).

En este marco de pensamiento, donde lo útil tiene valor por su implicación de interés práctico y económico, la aproximación de Leonardo a la resolución de los problemas asociados con el urbanismo y la planeación de los territorios es una evidencia de inutilidad desde la curiosidad, la belleza y la creatividad, a partir de los cuales se pueden imaginar mejores lugares para habitar, quedando en la utopía de la irrealidad al no poder ser construidos y materializados. Para entender la razón y los alcances de los postulados leonardescos, contextualizar el momento histórico en el cual surge la propuesta aporta claridad al horizonte argumental.

Desde el siglo XII, algunas ciudades medievales habían comenzado a ser modificadas e intervenidas en sus estructuras originarias, cambiando en ocasiones su mor-

fología urbana y apariencia estética, por la intención de sus gobernantes —en algunas circunstancias familiares dominantes desde lo económico y lo militar—, en cuatro dimensiones, las cuales las fueron preparando para la entrada al Renacimiento. Fueron intervenciones desarrolladas sobre edificios o espacios públicos puntuales, aunque con repercusiones en la globalidad de las urbes.

Las dimensiones o líneas de cambio e intervención que guiaron el proceso de renovación de las ciudades medievales para dar el paso al Renacimiento, según lo expresado por Franchetti en su libro *Historia del urbanismo: siglos XIV y XV*, para alcanzar la mejora del decoro¹ urbano, fueron: en primer lugar, la intervención de la ciudad medieval que tenía como reto la búsqueda de nuevos tipos de edificación con materiales diferentes y tecnologías de avanzada para construir nuevas espacialidades y formas, con innovadoras composiciones arquitectónicas que permitieran simbolizar el poderío y la grandeza de los dirigentes y habitantes en la ciudad; segundo, la modificación del trazado de calles o espacios abiertos para solucionar la movilidad de las tropas y ejércitos con rapidez en misión de defender el territorio de los ciudadanos; tercero, afrontar la planeación del riesgo generado por el problema —y la necesidad— de las ampliaciones de las ciudades por fuera de los sistemas de fortificación medieval, y el cuarto, la búsqueda teórica de la completa renovación urbana, incluyendo el tratamiento y la solución de todas las variables derivadas del habitar en comunidad de una sociedad, partiendo de la solución a las necesidades básicas de refugio y vivienda, manejo de desperdicios, suministro de agua, almacenamiento, desarrollo del comercio y la industria, propiciar los lugares de encuentro público, consolidar la identidad y los valores culturales, y ejercer con claridad —y fuerza contundente— el dominio político y económico hacia el interior, proyectando la independencia y el poderío militar hacia el ex-

¹ El decoro se entendía como la estética de las edificaciones y como la relación entre la moralidad y las costumbres, tales como higiene en la edificación, desplazamiento de las actividades ruidosas y malolientes a las zonas exteriores, equipamientos urbanos para favorecer el almacenamiento y seguridad frente a los incendios (Arévalo, 2000).

terior. En síntesis, todo ello buscaba pensar y crear la ciudad ideal.

Leonardo da Vinci no fue un urbanista —en el alcance actual del término—, fue un hombre inquieto, observador crítico y reflexivo, pero, sobre todo, un ciudadano propositivo; alguien que analizó su entorno, miró a su alrededor, trató de entender su realidad, se cuestionó sobre las posibles sinergias que unos hechos podrían tener sobre otros y planteó sus conclusiones para tener un mejor espacio para habitar: una ciudad ideal a partir de la estética, la armonía geométrica y las formas simples, primando en su reflexión sobre el planeamiento urbano: ¿cómo se podrían satisfacer las necesidades concretas en la convivencia ciudadana?, ¿y poner todo ello al servicio de la eficiencia, de la perdurabilidad en el tiempo? “La *cittá ideale* de los renacentistas italianos es la alternativa al paraíso [...]. Este es sustituido por una *cittá* como comunidad de vida y de pensamiento” según referencia de Moreno (citado por Hidalgo, 2015, p. 62).

Florenia, Milán, Roma, en el siglo xv y xvi, fueron las urbes en las cuales Leonardo nace —en la primera— y habita gran parte de su vida. También son ellas el espacio donde desarrolla la mayoría de su obra y deja el vestigio de su pensamiento, antes de trasladarse a Francia donde muere. Son ciudades ancestrales, construidas en el trasegar de la historia como producto de voluntades políticas, egos personales y familiares, con una necesidad evidente de fortificarse y defenderse hacia el exterior, de trabajar para sobrevivir, de ganarse el pan de cada día, de generar riqueza y poderío, y así tener seguridad y protección, en un círculo continuo. No es evidente la presencia de la conciencia ciudadana sobre el espacio común, sino la realidad aplastante para el habitante que no puede pedir ni exigir nada distinto a realizar un oficio para sobrevivir, con la ilusión de una promesa y recompensa en la vida eterna. El problema para quien nació en estas ciudades medievales era la preocupación de sobrellevar el día a día, hasta morir por causa de la guerra, la peste, la enfermedad, la violencia, la convivencia o la religión.

Pensar no era lo cotidiano, ni lo humano; disentir no era permitido; la norma y el precepto ordenaban y controlaban el espíritu, el hombre se reproducía y sobrevivía, temía al pecado que lo hacía hombre, y por lo tanto limitaba el disfrute de su humanidad plena: “Si nos situamos en la cultura medieval europea cristiana anterior al Renacimiento, nos encontramos con unas sociedades que eran dueñas de un extenso saber en el centro del cual existía una inteligencia superior que lo terminaba todo y cuya voluntad explicaba todos los sucesos posibles” (Arango, 2010, p. 428). Leonardo rompe con este esquema y por ello es nombrado por diversos autores e historiadores como el primer hombre del Renacimiento: apoyado en sus habilidades, como la curiosidad y unas enormes dotes de observación (Isaacson, 2018, p. 16), poseía una imaginación que lindaba con la fantasía, acompañada de talento para dibujarla y de la palabra escrita para comunicarla, gracias a lo cual ha podido llegar a nuestros días.

Al respecto, Christian Gálvez en su video *Da Vinci: no hace falta ser un genio para ser genial*, incluido dentro del programa Aprendamos Juntos del BBVA, desarrolla la tesis argumental sobre la genialidad de Leonardo basada en cinco características de su personalidad: la curiosidad, la capacidad de observación, el sacrificio, la perseverancia y la pasión; gracias a ellas fue posible el desarrollo de su creatividad y capacidad de invención. Resalta el conferencista que dichas habilidades se podrían desarrollar en todas las personas, especialmente la curiosidad y las dotes de observación, a las cuales Da Vinci les sumaba “una imaginación agudísima, que lindaba con la fantasía” (Isaacson, 2018, p. 16).

Por su parte, Keneth Clark, citado por Isaacson (2018, p. 258), resalta la curiosidad, el método y la rigurosidad aplicada por Leonardo en la consignación de sus pensamientos e investigaciones, dejando huella en todos los detalles de la existencia al habitar el mundo, y que posteriormente fueron compilados y denominados *Cuadernos de Leonardo*: “Los cuadernos de Leonardo constituyen el mayor registro de la curiosidad humana jamás creado, una maravillosa guía para entender a la

persona a la que el eminente historiador del arte Kenneth Clark describió como ‘el hombre más implacablemente curioso de la historia’” (Isaacson, 2018, p. 17).

Isaacson (2018), su más reciente biógrafo, luego de analizar y tratar de comprender el modo de pensamiento de Leonardo a partir del estudio de sus textos, dibujos y múltiples biógrafos e historiadores, concluye: “Su método se basaba en la experimentación, en la curiosidad y en la capacidad de asombro ante fenómenos sobre los cuales en muy raras ocasiones nos paramos a reflexionar después de haber superado la infancia” (p. 30).

¿Qué aspectos y vivencias al habitar en Florencia o Milán detonaron en Leonardo sus reflexiones ciudadanas y urbanas —si pudiéramos darles este alcance a sus escritos y dibujos—?

Benetto Dei, escritor del siglo xv, citado por Baldassarri y Saiber (2000, p. 84), y estos a su vez citados por Isaacson (2018), describe la Florencia del Medioevo, en la época cuando Leonardo habitaba en ella, con las siguientes características y cualidades:

“La hermosa Florencia reúne los siete elementos fundamentales que necesita una ciudad para ser perfecta —afirmó el escritor Benetto Dei en 1472, cuando Leonardo vivía allí—. Primero, goza de absoluta libertad; segundo, tiene una gran población, rica y elegantemente vestida; tercero, disfruta de un río de agua clara y pura y acoge molinos dentro de sus murallas; cuarto, gobierna en castillos, pueblos, tierras y gentes; quinto, hay una universidad en la que se imparte griego y contabilidad; sexto, conviven en ella maestros de todas las artes; séptimo, cuenta con bancos y agentes en todo el mundo”. Cada uno de esos activos parecía tan valioso entonces para una ciudad como lo puede ser hoy: no solo la “libertad” y el “agua clara y pura”, sino también el hecho de que la población fuera “elegantemente vestida”, y que su universidad tuviera fama por enseñar contabilidad y también griego (p. 38).

La libertad con la cual se habitaba en la ciudad natal de Leonardo va a incidir en la personalidad del joven

florentino, como lo anota el Pseudo-Longino (1977, XLIV, 2, citado por Ordine, 2013), como una condición para poder alcanzar lo sublime: “La libertad, se dice, es capaz por sí sola de alimentar los sentimientos de las almas nobles, de dar alas a la esperanza” (Ordine, 2013, p. 22). Giovanni Pico della Mirandola, citado igualmente por Ordine (2013), contemporáneo de Leonardo y también nacido en Florencia, escribe en su *De la dignidad del hombre (Oratio de hominis dignitate)* que la esencia de la *dignitas* humana está basada en el libre albedrío, respaldando su declaración con el argumento de que Dios, por crear al hombre el último día, no pudo asignarle ningún rasgo particular pues todos ya se los había otorgado a las demás criaturas, entonces decidió dejarlo en la indefinición para que pudiera optar autónomamente su propio destino:

Para los demás, una naturaleza contraída dentro de ciertas leyes que les hemos prescrito. Tú, no sometido a ningún cauce angosto, la definirás según tu arbitrio, al que te entregué [...]. Ni celeste, ni terrestre te hicimos, ni mortal, ni inmortal, para que tú mismo, como modelador y escultor de ti mismo, más a tu gusto y honra, te forjes la forma que prefieras para ti. Podrás degenerar a lo inferior, con los brutos; podrás realzarte a la par de las cosas divinas, por tu misma decisión (Ordine, 2013, pp. 115, 116).

Entre los años 1484 y 1485 la ciudad de Milán, en la cual habitaba Leonardo al servicio de la corte de Ludovico Sforza, vivió una de las peores epidemias de la época, al morir dos terceras partes de la población (cerca de cien mil personas solo en el año de 1485), evidenciando un problema político y social para el ducado. Da Vinci fue encargado de estudiar los motivos originales de la dramática epidemia y las alternativas para que no volviera a ocurrir algo similar. Aunque las condiciones eran complejas, Leonardo le planteó al gobernante un plan para financiar diferentes proyectos de intervención urbana, para terminar los problemas más representativos que enfrentaba en ese momento la urbe milanesa, además de la epidemia. El proyecto presentado contenía un plan de renovación urbanística

integral, en el cual se incluyeron la mejora en las condiciones higiénicas, sobre todo por la insalubridad de su centro, de habitabilidad y hacinamiento, corrigiendo así los males de la ciudad.

Sumado a lo anterior, el plan de renovación de Milán abordaba el problema de seguridad que por aquel entonces enfrentaba la ciudad. En su análisis, Leonardo entendió el problema de vulnerabilidad del territorio y con este argumento logró el financiamiento del proyecto por parte del Duque Sforza. Para pensar y luego planear el territorio del ducado, Leonardo requirió elaborar un plano general de la ciudad a partir de una técnica propia, construyendo una recopilación cartográfica basada en un programa complejo y ambicioso de mediciones; planimetría que serviría posteriormente para proyectar intervenciones de movilidad, logística administrativa y relacionamiento comercial. Mientras pensaba en el territorio y su planeamiento, simultáneamente creaba nuevos diseños para armas y equipos de guerra.

Leonardo, con su curiosidad y capacidad para establecer conexiones entre los diferentes hechos, por un lado las condiciones de vida, por otro los comportamientos sociales, y por otro la realidad de la peste y las enfermedades que devastaban y asolaban a la población, fue imaginando, creando vínculos entre conocimientos estadísticos con base científica y su capacidad artística, “para alimentar su pasión por el nuevo conocimiento, buscando dominar todo lo que había que saber sobre el mundo, incluido el lugar que ocupamos en él” (Isaacson, 2018, p. 14). También resalta el mismo autor sobre Da Vinci: “que la capacidad de establecer conexiones entre diferentes disciplinas —artes y ciencias, humanidades y tecnología— es la clave de la innovación, de la imaginación y del genio” (p. 15).

La curiosidad como motor de la creatividad, que es resaltada por Flexner para defender la ocupación de los hombres en cuestiones inútiles, para satisfacer la pasión y el gusto por lo bello o lo que genera conocimiento. En la Universidad de Rochester explica sobre lo

que habían hecho Hertz y Maxwell para llegar a los descubrimientos científicos sobre la electricidad:

Pero añadí que de una cosa podía estar seguro: de que habían realizado su trabajo sin pensar en la utilidad y de que a lo largo de la historia de la ciencia la mayoría de descubrimientos realmente importantes que al final se han probado beneficiosos para la humanidad se debían a hombres y mujeres que no se guiaron por el afán de ser útiles sino meramente por el deseo de satisfacer su curiosidad (Flexner, citado en Ordine, 2013, p. 156).

Además, como artista, el segundo asunto abordado por Leonardo fue la premisa que la ciudad debía ser bella, aquella que dé placer a quien la vea, tal como lo expresó en sus cuadernos:

“Que en el nivel superior de la ciudad solo se vea lo que es bello” sentenció. Las calles anchas y porticadas de este se reservarían al tráfico peatonal y estarían flanqueadas por casas y hermosos jardines. A diferencia de las calles estrechas de Milán, que Leonardo comprendió que favorecerían la propagación de enfermedades, las avenidas de la ciudad nueva serían al menos tan anchas como altas sus casas (Isaacson, 2018, p. 109).

La belleza, la búsqueda y la contemplación de lo bello es una característica distintiva en la personalidad de Leonardo, la cual fue evidente por la calidad y especial cuidado en la definición de todos los aspectos en sus obras pictóricas, de la minuciosidad con la cual transcribía la naturaleza y los detalles de sus creaciones, pero también en el perfeccionismo como rasgo de su personalidad, incidiendo en la poca producción artística —considerando su larga vida— y la falta de perseverancia para concluir varios de sus proyectos. Da Vinci evidenció, en su vida, la prevalencia de lo inútil sobre lo útil, en el sentido dado por Ordine (2013) a esta afirmación:

La paradójica utilidad a la que me refiero no es la misma en cuyo nombre se consideran inútiles los saberes humanísticos, más en general, todos los

saberes que no producen beneficios. En una acepción muy distinta y mucho más amplia, he querido poner en el centro de mis reflexiones la idea de utilidad de aquellos saberes cuyo valor esencial es del todo ajeno a cualquier finalidad utilitarista (p. 9).

En el Paris Manuscript B,² citado por Isaacson (2018), se transcriben las premisas de diseño de la ciudad ideal en cuanto a la movilidad, diferenciando los tipos de tráfico de acuerdo con su función en la vida ciudadana, lo cual daría lugar a la superposición de niveles en la morfología urbana:

En el nivel inferior, bajo la superficie visible, habría canales y calles, zonas de carga y descarga y almacenaje, callejones para el paso de carretas y un sistema de alcantarillado para evacuar los residuos y las “sustancias fétidas”. Las viviendas tendrían las puertas de entrada en el nivel superior y el acceso del servicio, en el inferior, que se iluminaría mediante conductos de ventilación y se pondría en comunicación con el nivel superior “en cada arco por una escalera de caracol” (pp. 108-109).

En otros aspectos, consideró la movilidad funcional (el aprovisionamiento, el comercio diario para el mercado, la evacuación de residuos, el tránsito de la servidumbre, entre otras) separándola de la movilidad lúdica, la peatonal para recorrer los espacios bellos de la ciudad: “La ciudad utópica que él imaginaba tendría dos niveles: uno superior, proyectado para el disfrute y la circulación de los transeúntes, y otro inferior, oculto, para los canales, el comercio, el saneamiento y las aguas residuales” (Isaacson, 2018, p. 108).

Para poder hacer estos planteamientos, la mente y los sentidos de Leonardo tuvieron que estar al servicio de la observación y análisis permanente entre las causas y efectos de la vida en la ciudad milanesa, revisando

² El más antiguo de los manuscritos encuadernados de Leonardo, con el Codex Trivulzianus, contiene dibujos y notas relacionados con una variedad de temas; los más famosos se refieren a invenciones mecánicas para el vuelo, como el llamado helicóptero, un submarino y estudios arquitectónicos con diseños para iglesias basados en planos centralizados. También hay diseños para motores de guerra (Paris Manuscript B, s. f.).

en simultánea los cadáveres, el paisaje, la naturaleza, los sistemas del cuerpo humano, la anatomía, las ondas en los ríos, las máquinas de guerra, el vuelo de las aves y la lengua del pájaro carpintero. Actitud aparentemente discolosa e inútil frente al comportamiento de la generalidad de las otras personas, viviendo en la sobrevivencia por alcanzar lo útil, lo rentable, lo beneficioso:

Es doloroso ver a hombres y mujeres empeñados en una insensata carrera hacia la tierra prometida del beneficio, en la que todo aquello que los rodea —la naturaleza, los objetos, los demás seres humanos— no despierta ningún interés. La mirada fija en el objetivo a alcanzar [sic] no permite ya entender la alegría de los pequeños gestos cotidianos ni descubrir la belleza que palpita en nuestras vidas: en una puesta de sol, un cielo estrellado, la ternura de un beso, la eclosión de una flor, el vuelo de una mariposa, la sonrisa de un niño. Porque, a menudo, la grandeza se percibe mejor en las cosas más simples (Ordine, 2013, p. 16).

Para fundamentar la premisa de la importancia de los saberes inútiles, enmarcando dentro de ellos las investigaciones, propuestas y proyectos inconclusos de Leonardo, nos basamos en el pensamiento del filósofo italiano Ordine, quien continúa reforzando el valor humano que tienen los saberes y conocimientos relacionados con las artes, la literatura, la música, la filosofía y el tiempo lúdico y del ocio, para ser integralmente seres humanos: “En este contexto, considero útil todo aquello que nos ayuda a hacernos mejores” (Ordine, 2013, p. 9). Estas actividades o saberes, catalogados como inútiles porque no generan un beneficio económico ni práctico, tienen su utilidad en la inspiración y el sentido de goce y placer que le brindan a todas las actividades humanas:

la utilidad de los saberes inútiles se contraponen radicalmente a la utilidad dominante que, en nombre de un exclusivo interés económico, mata de forma progresiva la memoria del pasado, las disciplinas humanísticas, las lenguas clásicas, la enseñanza, la libre investigación, la fantasía, el arte, el pensamiento crítico y el horizonte civil que debería inspirar toda actividad humana (Ordine, 2013, p. 12).

En numerosas páginas compuestas alrededor del año 1487, Da Vinci planteó un concepto radical, en el cual combinaba su sensibilidad artística con sus reflexiones urbanísticas: la creación de “ciudades ideales”, nuevas por completo, planificadas para el bienestar y la belleza:

La población de Milán sería trasladada a diez nuevas ciudades, proyectadas y construidas de nueva planta a lo largo del río, con el fin de “dispersar tal multitud de gentes, que parecen un rebaño de cabras y todo lo inundan con su fetidez y son semilla de pestilencia y de muerte” (Isaacson, 2018, p. 108).

Ciudades pensadas para albergar un máximo de treinta mil habitantes, concebidas como organismos vivos, con capacidad para atender la necesidad de respirar y funcionar como un todo orgánico, con sistemas independientes interactuando en armonía para garantizar la vida, como lo había estudiado en los cuerpos humanos que había diseccionado:

Leonardo aplicó la comparación clásica entre el microcosmos del cuerpo humano y el macrocosmos de la Tierra: las ciudades serían organismos que respiran y que contienen fluidos que circulan y desechos que necesitan expulsar. Acababa de empezar a estudiar la circulación de la sangre y de los fluidos del cuerpo y, mediante una reflexión analógica, examinó cuáles serían los mejores sistemas de circulación para las necesidades urbanas, desde el comercio hasta la eliminación de residuos (Isaacson, 2018, pp. 108-109).

La ciudad ideal de Da Vinci proponía la sostenibilidad equilibrada y equitativa para los habitantes de acuerdo con sus roles, con las necesidades colectivas y las privadas, respondiendo a las condiciones del contexto, en armonía y equilibrio con los recursos naturales necesarios para que se diera la vida urbana, y con un sentido estético de gusto por lo bello y el cuidado de sí. Leonardo pensó en una ciudad abierta, sin murallas de protección, ya que estar confinada por ellas impide el crecimiento horizontal, y una vez agotadas las zonas de crecimiento al interior del territorio amurallado se inicia un proceso de crecimiento vertical con edifica-

ciones de mayor altura: Leonardo propone la primera y única ciudad del Renacimiento sin muralla de protección (Hidalgo, 2015, p. 73), adelantándose en el tiempo a sus predecesores. Tal vez por ello su iniciativa no tuvo respaldo y la ciudad ideal quedó como una idea más sin realización, como hecho constante en la obra de Leonardo:

Al igual que tantos otros de los proyectos visionarios de Leonardo, iba muy por delante de lo que resultaba práctico en su época. Ludovico no adoptó su visión de la ciudad, aunque, en este caso, las propuestas de Leonardo fueron sensatas y brillantes. Solo con que una parte de su plan se hubiera llevado a cabo, habría transformado la naturaleza de las ciudades, habría reducido la mortandad de las epidemias y habría cambiado el curso de la historia (Isaacson, 2018, p. 110).

La imaginación urbanística de Leonardo desbordó la capacidad económica y de entendimiento de su protector, quedando sin aplicación y validación, convirtiéndose en otro proyecto irrealizado, en otra utopía para la historia, en otro proyecto inútil —por su falta de aplicación y materialización— de los planteados por Da Vinci, pero al mismo tiempo útil, porque aún quinientos años después se considera como un referente de pensamiento para resolver los desafíos que plantea la aglomeración de habitantes en un espacio colectivo. Nuevamente la reflexión de Ordine frente a la utilidad de los saberes inútiles válida, en una visión prospectiva, los planteamientos y aportes leonardescos desde la óptica actual:

la utilidad de los saberes inútiles se contraponen radicalmente a la utilidad dominante que, en nombre de un exclusivo interés económico, mata de forma progresiva la memoria del pasado, las disciplinas humanísticas, las lenguas clásicas, la enseñanza, la libre investigación, la fantasía, el arte, el pensamiento crítico y el horizonte civil que debería inspirar toda actividad humana [...]. En el universo del utilitarismo, en efecto, un martillo vale más que una sinfonía, un cuchillo más que una poesía, una llave inglesa más que un cuadro: porque es fácil hacerse cargo de la

eficacia de un utensilio mientras que resulta cada vez más difícil entender para qué pueden servir la música, la literatura o el arte (Ordine, 2013, p. 12).

La propuesta de hacer ciudades nuevas, trasladando las antiguas a nuevos emplazamientos, no tuvo eco en su época. Sin embargo, en el siglo xx hubo ejemplos de ello, en la India y Brasil en la primera mitad del siglo, y en Dubái en la segunda mitad y principios del siglo xxi; en ellas, maestros del urbanismo y la arquitectura diseñaron ciudades aplicando las pautas del urbanismo moderno, haciendo uso de los avances tecnológicos, las teorías sociológicas para un mejor habitar, y las premisas para crear entornos confortables y sostenibles que fueran además soluciones acordes con las condiciones naturales del sitio, el terreno y el clima, pero además, que fueran fuentes de desarrollo y riqueza. Con el paso del tiempo, al ser pobladas y habitadas, han ido perdiendo sus condiciones de “ciudades ideales”, reflejando —e incrementando en ocasiones— complejas problemáticas de funcionamiento, sostenibilidad y habitabilidad.

Pensar el lugar donde habitamos hoy, cuando más del 72% de la población mundial está ubicada en las ciudades y donde los modelos de planeación a través de la historia han ido evolucionando por las condiciones particulares de cada momento histórico, validaría el pensamiento de Flexner³ (citado en Ordine, 2013) y, al mismo tiempo, revitalizaría la validez de la metodología original y autónoma, aunque aparentemente inútil, de Leonardo da Vinci —por la falta de resultados concretos— para afrontar las preguntas sobre el habitar del hombre contemporáneo:

El mundo ha sido siempre un lugar triste y confuso; sin embargo, poetas, artistas y científicos han ignorado los

³ El ensayo de Abraham Flexner “La utilidad de los conocimientos inútiles” fue incluido como apéndice por Nuccio Ordine en su libro *La utilidad de lo inútil. Manifiesto*. Abraham Flexner (1866-1959), pedagogo estadounidense, fundó varias escuelas experimentales y participó en la creación del Institute for Advanced Study de Princeton, que dirigió entre 1930 y 1939. Sus trabajos han ejercido una profunda influencia en la enseñanza de las ciencias en Estados Unidos y Europa.

factores que habrían supuesto su parálisis de haberlos tenido en cuenta. Desde un punto de vista práctico, la vida intelectual y espiritual es, en la superficie, una forma inútil de actividad que los hombres se permiten porque con ella obtienen mayor satisfacción de la que pueden conseguir de otro modo (Ordine, 2013, p. 153).

Pasados más de quinientos años del momento en el cual Leonardo planteó su ciudad ideal, sus diseños no se ajustan a las ciudades actuales, sin embargo, sus principios ordenadores en torno al agua, los espacios abiertos, la iluminación y el aprovechamiento del sol y la integración armónica con la naturaleza son consideraciones fundamentales para el urbanismo de hoy, incluso al momento de pensar en las *smart cities* del mañana.

Por eso podríamos hacer el ejercicio de plantearnos: ¿Cómo sería la ciudad ideal de Leonardo hoy?, ¿cuáles serían los aspectos y situaciones en los que apoyaría su propuesta de ciudad ideal?, ¿sería viable social y económicamente construir los imaginarios para habitarlos?, ¿solucionarían las ciudades ideales la problemática del hombre contemporáneo para su habitabilidad consigo mismo y con los otros?, ¿cuál sería el rol de la tecnología?, ¿cómo se diseñarían los espacios públicos y privados desde la virtualidad?, ¿existiría la privacidad?, ¿cómo se debería diseñar una ciudad para convivir con las nuevas pandemias?, ¿cuál sería la reconceptualización del urbanismo ante los aislamientos y confinamientos obligatorios por cuestiones de salud pública?, ¿qué sería lo bello en esta nueva ciudad? Preguntas que, como en la época de Leonardo, orientarían la creatividad y la innovación como temas de reflexión para las facultades de arquitectura; serían los problemas por resolver para las administraciones públicas tratando de mediar y normalizar los comportamientos para los organismos sociales; sería el campo de trabajo para las empresas en su constante económica del lucro, y sería el lugar para la vida de quienes tendrán al hombre en el centro de su pensamiento, reflexión y como motivo de su existir.

Seguramente Leonardo se tomaría su tiempo en observar a los habitantes, la congestión del tráfico, la dependencia de la energía eléctrica, la contaminación por los residuos y desechos, la mezcla de usos, la polución, el ruido, los espacios para el ocio y el trabajo, los equipamientos comunitarios, la convivencia y la violencia, el sistema burocrático para administrar la ciudad, la naturaleza y los espacios libres; en resumen, todas los espacios contenidos y contenedores creados para el habitar del hombre contemporáneo. Cabe, dentro de lo posible, que su respuesta a la pregunta sobre la ciudad ideal para el hombre de hoy comenzara por ponderar y valorar lo que hemos considerado —y en ocasiones perdido— por ser inútil, pues como lo plantea Heidegger:

Lo más útil es lo inútil. Pero experimentar lo inútil es lo más difícil para el ser humano actual. En ello se entiende lo “útil” como lo usable prácticamente, inmediatamente para fines técnicos, para lo que consigue algún efecto con el cual pueda yo hacer negocios y producir. Uno debe ver lo útil en el sentido de lo *curativo* [*Heilsamen*], esto es, lo que lleva al ser humano a sí mismo. [...] El filósofo alemán (Heidegger), buscando liberar la noción de utilidad de una exclusiva finalidad técnica y comercial, expresa claramente la dificultad general entre sus contemporáneos para entender la importancia de lo inútil. Para “el ser humano actual”, en efecto, es cada vez más complicado sentir interés por cualquier cosa que no implique un uso práctico e inmediato para “fines técnicos” (citado en Ordine, 2013, p. 72).

Leonardo podría entonces coincidir con el filósofo alemán al liberar la noción de utilidad de una única peculiaridad técnica y comercial, resaltando la importancia de lo inútil, de aquello que no implique necesariamente un uso práctico, ponderando y recreando el goce estético del espacio ciudadano. Y posiblemente se apoyaría en Bataille para revalorizar lo superfluo enfrentando dos posiciones frente a las nociones de humanidad y tiempo:

En el primer caso, el valor humano es función de la productividad; en el segundo, se asocia a los más

bellos logros del arte, a la poesía, al pleno desarrollo de la vida humana. En el primer caso no nos ocupamos sino del futuro, al cual subordinamos el presente; en el segundo solo cuenta el instante presente, y la vida es liberada, al menos de tiempo en tiempo, y en la medida de lo posible, de las consideraciones serviles que dominan un mundo consagrado al crecimiento de la producción (citado en Ordine, 2013, pp. 89-90).

Montaigne sumaría argumentos para responder la pregunta diciendo: “Es el gozar, no el poseer, lo que nos hace felices” (I,XLII, citado en Ordine, 2013, p. 112), en una clara referencia a tres temas que, por diferentes razones, han tenido —y continúan teniendo— un valor singular y preponderante en la vida de los hombres:

La *dignitas hominis*, el amor y la verdad. Estos tres dominios —en los que el poseer se revela, por sí mismo, como una fuerza negativa y devastadora— constituyen, pese a todo, el terreno ideal donde la gratuidad y el desinterés pueden expresarse de la manera más auténtica (Ordine, 2013, p. 112).

La ciudad, desde esta perspectiva del urbanismo inútil de Leonardo, plantearía un espacio colectivo ideal, donde el hombre no correría detrás del tiempo por vivir su vida útil para la sobrevivencia económica y la productividad, potencializando la inutilidad de las actividades que dan placer y sentido a la existencia, el disfrute de lo personal, lo íntimo y lo colectivo. En síntesis, revalorizando su vida inútil del goce y el disfrute de lo humanamente bello, de la estética; la inutilidad de estas premisas daría paso a la utilidad de la plenitud y el gozo por el lugar donde se habita. Así lo escribió el dramaturgo Ionesco:

Mirad a las personas que corren afanosas por las calles. No miran ni a derecha ni a izquierda, con gesto preocupado, los ojos fijos en el suelo como los perros. Se lanzan hacia adelante, sin mirar ante sí, pues recorren maquinalmente el trayecto, conocido de antemano. En todas las grandes ciudades del mundo es lo mismo. El hombre moderno, universal, es el hombre apurado, no tiene tiempo, es prisionero de la necesidad, no comprende que algo pueda no

ser útil; no comprende tampoco que, en el fondo, lo útil puede ser un peso inútil, agobiante. Si no se comprende la utilidad de lo inútil, la inutilidad de lo útil, no se comprende el arte. Y un país en donde no se comprende el arte es un país de esclavos o de robots, un país de gente desdichada, de gente que no ríe ni sonríe, un país sin espíritu; donde no hay humorismo, donde no hay risa, hay cólera y odio (citado en Ordine, 2013, pp. 73-74).

Deberíamos propiciar entonces espacios ciudadanos para las actividades inútiles, para el desarrollo armónico del cuerpo y el espíritu en el marco de la humanidad y las nuevas dinámicas del habitar. Sería el aporte —interpretando libremente los postulados de Leonardo— para diseñar una ciudad ideal, ordenada, armonizando la funcionalidad de lo útil, por su eficiencia y gobierno, con las dinámicas propias de lo inútil, en un habitar ético y estético, pero, sobre todo, albergando una nueva generación de ciudadanos libres, solidarios, cultos, autónomos y felices, conscientes del consumo responsable de recursos —incluyendo el tiempo de la vida—, de su deber de proteger la naturaleza, el entorno y su identidad cultural.

Referencias

- Arango, G. (2010). *El pensamiento de Leonardo da Vinci: puente entre el Medioevo y la Modernidad y fiel reflejo de la mentalidad antropológica, política, religiosa, ética y estética del Renacimiento*. Universidad Pontificia Bolivariana.
- Arévalo, F. (2000). *La representación de la ciudad en el Renacimiento: levantamiento urbano y territorial* [Tesis de doctorado, Escuela Técnica Superior de Arquitectura, Sevilla].
- Baldassarri, S. y Saiber, A. (Eds.) (2000). *Images of Quattrocento Florence*. Yale University Press.
- Calvino, I. (1998). Las aventuras de tres relojeros y de tres autómatas. En *Colección de arena* (págs. 89-92). Siruela.

Clark, K. (1969). *Civilización*. Harper & Row.

Della Mirandola, G. (1984). *De la dignidad del hombre. Con dos apéndices: Carta a Hermolao Bárbaro y Del ente y el uno*. Editora Nacional.

Franchetti, V. (1985). *Historia del urbanismo: siglos XIV y XV*. Instituto de Estudios de Administración Local.

Gálvez, Ch. (2019). *Da Vinci: no hace falta ser un genio para ser genial* [video]. <https://www.youtube.com/watch?v=F8JU6CAOgYA&feature=youtu.be>.

Hidalgo, D. (2015). La renovación urbana en la ciudad ideal renacentista de Leonardo da Vinci. *Arte y Ciudad*. <https://www.arteyciudad.com/revistaindex.php/num1/article/view/214/319>.

Isaacson, W. (2018). *Leonardo da Vinci*. Random House.

Ordine, N. (2013). *La utilidad de lo inútil. Manifiesto*. Acantilado.

París Manuscript B (s. f.). https://theflyingmachine.fandom.com/wiki/Paris_Manuscript_B.